

Enteraron á nuestros colegas de lo que habíamos acordado y de la cita en la sala Roysin, pero no recordaron la hora señalada, y particularmente Baudin y otros colegas creyeron que la cita era para las ocho, no para las nueve de la mañana. El cambio de hora, debido á falta de memoria, y del cual á nadie debe culparse, impidió la realizacion de mi plan, esto es, establecer una Asamblea en el arrabal y librar la batalla á Luis Bonaparte; pero en compensacion nos proporcionó el hecho heroico de la barricada de Santa Margarita.

XX.

Entierro de un gran aniversario.

El día fué la primera jornada; fijémonos en ella, que bien lo merece. Fué el aniversario de Austerlitz, en el que el sobrino festejaba al tío. Austerlitz fué la batalla más brillante de la historia; el sobrino se propuso resolver este problema: cometer una vileza tan grande como aquella gloria. Lo consiguió.

Aunque á la primera jornada siguen otras, está completa, nada le falta. Fué la intencion más espantosa de retroceso que se pensó cometer jamás. Jamás hubo una caída de civilizacion semejante á esta caída. Todo lo edificado hasta entonces queríanlo convertir en ruinas. En una sola noche desaparecieron la inviolabilidad de la ley, el derecho del ciudadano, la dignidad del juez y el honor del soldado. Se verificaron honrosas sustituciones; el juramento se reemplazó por el perjurio, la bandera por el andrajo, el ejército por la faccion, la justicia por la prevaricacion, el código por el sable, el gobierno por el pillaje y la Francia por una caverna de bandidos. A esto se llamó salvar la sociedad. Fué el ladron salvando al viajero.

Francia caminaba y Bonaparte la paró.

La hipocresía que precedió al crimen iguala en deformidad á la desvergüenza que le siguió. La nacion vivia confiada y tranquila y experimentó cínica y súbita sacudida. La historia no registra nada semejante al 2 de Diciembre. Nada hay glorioso en este hecho; todo en él es abyecto. No hubo ningun tapujo. Apareció honrado y luego se declaró infame. Esta jornada, cuyo éxito es casi incomprensible, ha demostrado que la política tiene su obscenidad. La traicion se ha levantado bruscamente las

faldas y ha dicho: "Pues bien, sí," y ha enseñado las desnudeces de su alma sucia. Luis Bonaparte se ha arrancado la máscara y nos ha hecho ver el horror, se ha arrancado los velos y nos ha hecho ver la cloaca.

Ayer fué presidente de la República, hoy es un facineroso. Juró y jura aun, pero con otra voz. Su juramento se ha trocado en blasfemia. Ayer aseguraba que era virgen, hoy entra en un lupanar y se rie de los imbéciles. Figuraos á Juana de Arco que se convierte en Mesalina; pues eso es el 2 de Diciembre.

Las mujeres tomaron parte en esta maldad; fué un atentado mixto de tocador y de presidio; entre la fetidez de la sangre se desprende cierto aroma vago de patchouli. Los cómplices de este latrocinio son hombres de sociedad, como Romieu y Morny; bien que contraer deudas conduce á perpetrar crímenes. La Europa quedó estupefacta. Aquello fué un rayo disparado por un ratero y que cayó en malas manos; el traidor Palmerston lo aprobó. El viejo Metternich, soñando en su casa de campo, meneó la cabeza en señal de desprecio. El mariscal Soult, el héroe de Austerlitz despues de Napoleon, hizo lo que debia hacer; murió el mismo día del crimen. Ay! y Austerlitz tambien.

SEGUNDA JORNADA

La lucha.

I.

Vienen á prenderme.

Para ir de la calle Popincourt á la de Chanmartin hay que atravesar todo Paris. Le atravesamos, encontrando en todas partes aparente calma. A la una de la mañana llegamos á casa de M. de la R. El carruaje se paró cerca de una verja; el dueño de la casa abrió con llave; á la derecha, bajo la bóveda del portal, habia una escalera que llegaba al primer piso de un cuerpo aislado del edificio, que M. de la R. habitaba y que fué donde me introdujo.

Penetramos en una sala amueblada con lujo, que alumbraba una lamparilla y que separaba del dormitorio un tapiz entreabierto. M. de la R. entró en ese aposento y poco despues salió acompa-

ñado de una preciosa mujer, blanca y rubia, que vestia de bata, que llevaba el cabello suelto, y que atónita me contemplaba con ese sobresalto tan atrayente en una jóven. Su esposo acababa de despertarla. Permaneció un instante en el umbral de su cuarto soñolienta, sonriendo, entre admirada y despavorida, fijando alternativamente sus ojos en su marido y en mí, sin pensar quizás en la guerra civil, y viéndome entrar bruscamente en su casa á media noche, bajo la forma alarmante de un desconocido que pide asilo.

Dí á aquella señora mil excusas, que recibí con extremada bondad, y se aprovechó de este incidente para acariciar á una preciosa niña de dos años, que dormia en una cuna en el fondo de la sala, y la criatura que besó le hizo perdonar al proscrito que venia á despertarla.

Sin dejar de hablar, M. de la R. encendió excelente fuego en la chimenea, y su esposa, con una almohada y dos almohadones, con un capote de su marido y un abrigo de ella, me improvisó en un sofá, que prolongamos por medio de un sillón, una cama frente á la chimenea.

Durante la discusion de la calle Popincourt, Baudin me prestó un lápiz para tomar nota de algunos nombres; conservaba el lápiz y lo aproveché para escribir á mi esposa una carta, que la mujer de M. de la R. se encargó de entregar en propias manos á la señora de Víctor Hugo al día siguiente. Sacando los objetos que tenia en los bolsillos, me encontré un palco para ir á los italianos, que ofrecí á la dueña de la casa.

Al contemplar aquella cuna, aquellos dos jóvenes hermosos, elegantes y felices, y al compararlos conmigo, que llevaba el cabello y el traje en desórden, las botas llenas de lodo y el espíritu lleno de pensamientos sombríos, me pareció que era un buho dentro de un nido de ruiseñores.

Poco despues los dos esposos entraron en el dormitorio y cerraron el tapiz entreabierto; yo me eché en el sofá vestido, y aquel tierno nido, que revolví, volvió á recobrar su delicioso silencio.

Se puede dormir la víspera de una batalla entre dos ejércitos, pero no se duerme la víspera de una batalla entre ciudadanos. Despierto conté una por una todas las horas que sonaban en una iglesia próxima; toda la noche estuvieron pasando por la calle, á la que caian las ventanas de la sala, carruajes que

huían de Paris y que se sucedian con rapidez, como si salieran de un baile. Como no pude dormir, me levanté y corrí un poco las cortinas de muselina de una ventana para ver lo que pasaba en la calle. Pero en el cielo estaban apagadas las estrellas, y las nubes pasaban con la violencia difusa de una noche de invierno. El viento silbaba siniestramente, y se asemejaba al viento de los sucesos.

Contemplé á la niña dormida.

Esperaba con impaciencia que amaneciera; por fin rayó el día. M. de la R. me habia indicado, por suplicárselo yo, de qué medios me habia de valer para salir de allí sin molestar á nadie. Besé la frente de la niña y salí de aquel aposento. Bajé, cerrando tras mí las puertas suavemente para no despertar á la dueña de la casa. La verja se abrió y me encontré en la calle, que estaba desierta; las tiendas aun no se habian abierto; una lechera, con el borrico á su lado, colocaba tranquilamente sus vasijas en la acera. No he vuelto á ver á M. de la R. Más tarde supe que me escribió durante mi destierro, pero que interceptaron su carta. Creo que abandonó la Francia. Dios quiera que estas páginas escritas para él le lleven mi recuerdo.

La calle Chanmartin sale á la de San Lázaro. Me dirigí hácia aquella parte. Era ya completamente de día, y á cada instante me alcanzaban y me pasaban delante carruajes cargados de baules y de fardos, que se dirigian apresuradamente á la estacion del ferrocarril del Havre. La gente empezaba á transitar por las calles. Varios viajeros que iban al tren subian por dicha calle al mismo tiempo que yo. Enfrente del número 42, donde en otro tiempo vivió Mlle. Mars, vi un cartel fresco todavia pegado á la pared; me aproximé; reconocí en él los caracteres de la imprenta Nacional. Decia así:

"FORMACION DEL NUEVO MINISTERIO.

Interior, M. Morny.

Guerra, M. el general de division de Saint-Arnaud.

Negocios extranjeros, M. de Turgot.

Justicia, M. Rouher.

Hacienda, M. Jould.

Marina, M. Ducos.

Obras públicas, M. Magne.

Instruccion pública, M. H. Fortoul.

Comercio, M. Lefebvre Duruflé."

Arranqué el cartel y lo arrojé á la calle; los soldados del tren que conducian los furgones me miraron, pero siguieron

su camino. En la calle de San Jorge vi otro cartel. Era mi proclama. Algunas personas la leían, pero yo la rasgué, á pesar de la resistencia del portero, que me pareció que tenía el encargo de vigilarla.

Al pasar por la plaza de Breda vi que habia ya allí algunos coches de punto. Tomé uno.

Estaba cerca de mi casa; la tentacion era poderosa, y no pudiendo resistirla, me encaminé á mi domicilio. Al verme atravesar el patio, el portero me miró con asombro. Llamé. Abrió mi criado Isidoro, que al verme lanzó un grito:—“Sois vos, señor! Esta noche han venido á prenderos.” Entré en el cuarto de mi mujer, que estaba acostada, pero que no dormía, y me lo refirió todo.

Se acostó á las once; hácia las doce y media quedó sumida en esa especie de sopor que se parece al insomnio y oyó voces de hombres. Le pareció que Isidoro hablaba con alguno en la antecámara. Al principio no hizo caso y procuró dormir; pero cuando notó que el ruido de voces continuaba, se incorporó en el lecho y agitó la campanilla.

Isidoro entró; mi esposa le preguntó:

—Ha venido alguno?

—Sí, señora.

—Quién es?

—Un hombre que desea hablar con el señor.

—Pues el señor ha salido.

—Eso le he contestado.

—¿Y por qué no se marcha ese hombre?

—Dice que tiene absoluta necesidad de hablar con Víctor Hugo y que se esperará.

Isidoro se habia detenido en el umbral del dormitorio. Mientras hablaba, un hombre grueso, abrigado con un paletó, debajo del que se veía un frac negro, apareció en la puerta, detrás del criado. Aquel hombre escuchaba en silencio.

—¿Sois vos el que desea hablar con Víctor Hugo?

—Sí, señora.

—Ha salido.

—Tendré el honor de esperarle, señora.

—Pues no volverá.

—Pues es indispensable que yo le vea.

—Si es para algun asunto urgente podéis confiármelo con seguridad, porque yo le enteraré bien.

—Necesito hablar con él mismo.

—Se trata de asuntos políticos?

El hombre no respondió.

—A propósito de esto, replicó mi esposa, qué es lo que está sucediendo?

—Creo, señora, que todo ha terminado ya.

—A favor de quién?

—A favor del presidente.

Mi mujer miró á aquel hombre con fijeza y le dijo de pronto:

—Venís á prender á mi esposo.

—Es verdad, señora, respondió aquel hombre entreabriendo el paletó y enseñando el fajin de comisario de policía.

Después de una pausa, añadió:

—Soy comisario de policía y traigo la orden de prender á Víctor Hugo. Debo registrar la casa.

—Cómo os llamais? le preguntó mi esposa.

—Me llamo Hivert.

—Conoceis la Constitucion?

—Sí, señora.

—Está bien, contestó ella friamente; de ese modo no ignorareis que cometeis un crimen. Dias como el de hoy tienen un dia siguiente. Salid y obrad como os plazca.

El señor Hivert pretendió dar algunas explicaciones, ó por mejor decir, quiso justificarse; tartamudeó la palabra conciencia y balbuceó la palabra honor.

—Desempeñad vuestro oficio y no discutais, le contestó con dureza aquella mujer valiente; sabeis que el funcionario que atenta contra un representante del pueblo comete un delito, y que ante los representantes, el presidente solo es un funcionario como los demás y el encargado en primer término de ejecutar las órdenes de sus colegas; ¡y os atreveis á venir á prender á un representante en su propio domicilio, como se prende á un malhechor! Hay aquí efectivamente un malhechor á quien prender, pero ese malhechor sois vos.

El señor Hivert inclinó la cabeza; salió de la habitacion, y por la puerta, que no quedó completamente cerrada, mi mujer vió desfilar detrás del comisario, que estaba bien alimentado y que iba bien vestido, á siete ú ocho pobres diablos, flacos, que gastaban mugrientas levitas largas hasta los talones y sombreros viejos, calados hasta los ojos; lobos conducidos por un perro. Registraron la habitacion, abrieron aquí y allá algunos armarios, y se fueron tristes y cariacontecidos, segun me refirió Isidoro.

El comisario Hivert iba con la cabeza inclinada, pero hubo un momento en que la levantó. Isidoro, que se indignó al ver que aquellos hombres buscaban con

tal insistencia á su señor por todos los rincones, se atrevió á burlarse de ellos. Abrió el cajon de una cómoda y dijo:

—Puede que esté aquí.

En los ojos del comisario brilló un relámpago de furia y exclamó:

—Criado, respeta á la autoridad.

Pero el criado era él.

Cuando salieron aquellos hombres notaron la falta de algunos papeles. Varios fragmentos de manuscritos fueron robados, entre otros una composicion en verso, fechada en Julio de 1848 y escrita contra la dictadura militar de Cavaignac.

Aquellos manuscritos no los he podido encontrar.

La policía podia volver de un momento á otro—como volvió en efecto después de mi salida;—abracé á mi mujer; no quise despertar á mi hija, que estaba durmiendo, y salí de casa. A los asustados vecinos que me esperaban en el patio dije riéndome:—¡Aun no me han cogido!

Poco después estaba en la calle de Moulins, número 10. No eran aun las ocho de la mañana, y creyendo que mis compañeros del comité de insurreccion habian pasado allí la noche, fui á buscarlos, para irnos juntos á la sala Roysin; pero en la calle de Moulins solo encontré á la señora Laudrin. Mis compañeros creyeron que esa casa estaba descubierta y vigilada, y se trasladaron á la calle de Villedo, número 7, donde vivia el antiguo constituyente Leblond, abogado de las Asociaciones obreras. Julio Favre habia pasado allí la noche. La señora Laudrin estaba almorzando y me ofreció cubierto en su mesa, pero el tiempo urgia; tomé un pedazo de pan y me marché.

La criada que me abrió en la calle de Villedo, número 7, me introdujo en un gabinete donde estaban Carnot, Michel de Bourges, Julio Favre y el dueño de la casa, Leblond.

—Tengo abajo un carruaje, les dije; la cita es á las nueve en la sala Roysin, en el arrabal de San Antonio. Vámonos.

Mis compañeros no eran de esta opinion. Creían que las tentativas que se hicieron la vispera en dicho arrabal bastaban para comprender claramente su situacion; era inútil insistir, porque los barrios populares no se levantarían, y era preciso acudir á los barrios comerciales y renunciar á conmover los extremos de la ciudad para agitar el centro. Constituyendo el alma de la insurreccion, ir

al arrabal de San Antonio, que estaba cercado por fuerzas considerables, era entregarnos á Luis Bonaparte. Precisaba organizar inmediatamente la insurreccion contra el golpe de Estado, pero organizarla en los barrios posibles, es decir, en el antiguo laberinto de las calles de San Dionisio y de San Martin. El gran impulso que yo queria imprimir á la solemne reunion de la sala de Roysin fracasaba; mis compañeros juzgaban conveniente permanecer donde estaban, y como el comité era poco numeroso y el trabajo excesivo, me rogaron que no les abandonase.

Eran hombres de gran valor y de gran corazon los que me hablaban así, pero yo no podia dejar de asistir á la cita que di yo mismo. Eran fundadas las razones en que se apoyaban, y aunque yo pude objetarles, la discusion nos hubiese hecho perder tiempo, y el tiempo apremiaba. No les contradije, pero salí del gabinete alegando un pretexto cualquiera. Subí en el carruaje que me esperaba y me dirigí al arrabal de San Antonio.

El centro de Paris conservaba su habitual aspecto. La gente iba y venia, vendia y compraba, charlaba y reía como de costumbre. En las inmediaciones del arrabal de San Antonio se hacia mas notable el fenómeno que me llamó la atencion el dia anterior; soledad y paz lúgubre reinaban en aquellas calles.

Llegamos á la plaza de la Bastilla.

El cochero se paró.

—Seguid, le dije.

II.

Desde la Bastilla á la calle de Cotte.

La plaza de la Bastilla estaba desierta y concurrida al mismo tiempo; habia en ella tres regimientos formados en batalla, pero ni un solo transeunte.

Cuatro baterías enganchadas estaban alineadas al pié de la columna. Aquí y allá algunos grupos de oficiales hablaban en voz baja. El grupo principal me llamó la atencion por su silencio. Lo constituían varios hombres montados; el que estaba delante de los demás vestia uniforme de general; detrás de él habia dos coroneles y detrás de los coroneles un grupo de ayudantes de campo y de oficiales de Estado Mayor. El vistoso peloton permanecia inmóvil y preparado entre la columna y la entrada del arrabal. A poca distancia de él, y ocupando toda la plaza, se desplegaban los regi-

mientos en batalla y los cañones en batería.

El cochero se paró otra vez.

—Seguid, le dije, y entrad en el arrabal.

—Pero, señor, nos lo van á impedir.

—Veremos.

No nos lo impidieron.

El cochero se puso en marcha, pero andando al paso. La aparición de un carruaje en la plaza causó sorpresa, y los habitantes empezaron á salir á las puertas de las casas; algunos se aproximaron al carruaje.

Pasamos por el lado de un grupo de hombres de grandes charreteras, que usaban de la táctica de aparentar no vernos.

Volví á experimentar la emoción que me causó la víspera ver ante mí el regimiento de coraceros. Contemplar á pocos pasos de mí, altivos, con la insolencia del triunfo, á los asesinos de la patria, era superior á mis fuerzas y no pude contenerme. Me arranqué la banda, la cogí con las manos, y sacando los brazos y la cabeza por la ventanilla del coche y agitando la insignia, grité:

—Soldados, contemplad esta banda; es el símbolo de la ley, es la Asamblea nacional visible, donde está el derecho. Os engañan; volved á vuestros deberes. Os habla un representante del pueblo, y el que representa el pueblo representa el ejército. Soldados, antes de soldados habéis sido paisanos, obreros, fuisteis y sois ciudadanos. La ley solo tiene derecho de mandar á los ciudadanos; pero hoy han violado la ley. La habéis violado vosotros mismos. Luis Bonaparte os conduce á un crimen. Representais el honor, pero escuchadme, porque yo represento el deber. Soldados, Luis Bonaparte asesina á la República y teneis la obligación de defenderla. Luis Bonaparte es un bandido, y con todos sus cómplices irá á presidio. Ese hombre que está á vuestro frente y que se atreve á mandaros, le tomáis por un general y es un presidiario.

Los soldados se quedaron petrificados.

Un hombre que no estaba lejos de mí se me acercó, me apretó el brazo y me dijo al oído:—Os van á fusilar.

Pero yo ni oía ni escuchaba; proseguí agitando la banda:

—Hablo con vos, que estais vestido de general. Sabeis quién soy? Soy un representante del pueblo, y vos sois un criminal. Quereis saber mi nombre? Pues me llamo Víctor Hugo. Ahora decidme el vuestro.

El general no me respondió. Entonces le repliqué:

—Pues no me hace falta saber vuestro nombre de general, que ya sabré vuestro número de galeote.

El general inclinó la cabeza; los demás callaron. Los veía humillados y conocía que estaban enfurecidos. Me inspiraron desprecio y pasé adelante. No supe entonces ni he sabido nunca cómo se llamaba aquel general.

Una de las apologías del golpe de Estado que se publicaron en Inglaterra refirió este incidente y lo calificó de provocación insensata y culpable, añadiendo que la moderación que manifestaron los jefes militares en aquel momento *hizo honor al general...* Dejamos al autor de este panegírico la responsabilidad del apellido y del elogio.

Me interné por la calle del arrabal de San Antonio.

El cochero, desde que supo mi nombre, ya no titubeó en su marcha é hizo correr al caballo. Los cocheros de París son de raza valerosa é inteligente.

Cuando pasaba por las primeras tiendas de la calle principal daban las nueve en la iglesia de San Pablo. El arrabal ofrecía aspecto extraordinario. Ocupaban su entrada dos compañías de infantería, que no impedían el paso. Otras dos compañías estaban escalonadas más lejos, ocupando la calle, pero permitiendo el tránsito. Los habitantes, entre los que habia muchos obreros de blusa, estaban en el umbral de las puertas.

Mas allá de la fuente de la esquina de la calle de Charonne las tiendas estaban cerradas; dos cordones de soldados se extendían por ambas partes de la calle del arrabal hasta la orilla de las aceras; los soldados estaban colocados de cinco en cinco pasos con el fusil en alto, con el pecho encorvado, con la mano derecha en la llave, preparados para ponerla en juego, silenciosos y en acecho. Desde allí, en la embocadura de cada una de las callejuelas que van á dar á la calle principal del barrio, habian colocado una pieza de artillería.

El cochero estaba inquieto; volviéndose hácia mí, me dijo:

—Señor, me parece que nos vamos á encontrar con barricadas. Retrocedemos?

—Seguid adelante, le dije.

Continuó andando, pero de pronto ya no pudimos avanzar. Una compañía de infantería, colocada en tres líneas, ocupaba toda la calle desde una acera á la otra.

III.

La barricada de San Antonio.

Hé aquí lo que habia sucedido. Aquella misma noche, desde las cuatro de la madrugada, Deflotte estaba en el arrabal de San Antonio. Quería que si se suscitaba alguna sublevación antes de que amaneciera, estuviera presente un representante del pueblo; y era él de esos hombres que, cuando estalla la generosa insurrección del derecho, quieren hacer saltar los adoquines para formar la primera barricada.

Pero no se presentó allí nadie; Deflotte estuvo solo en el arrabal desierto y dormido, vagando de calle en calle durante toda la noche.

En Diciembre amanece tarde. Antes de rayar los primeros albores de la mañana, Deflotte se encontraba ya en el sitio de la cita, frente á frente del mercado Lenoir.

Este punto estaba poco vigilado. No habia por los alrededores más tropa que la de la guardia del mercado Lenoir, y á alguna distancia otro puesto que ocupaba el sitio de guardia situado en el ángulo que forman el barrio y la calle de Montreuil, cerca del antiguo árbol de la Libertad que en 1793 plantó Santerre. No mandaba ningun oficial ninguno de estos puestos.

Deflotte reconoció la posición, se paseó durante algun tiempo por las aceras; despues, no viendo transitar aun á nadie y temiendo llamar la atención, se alejó, internándose en las calles laterales del arrabal.

Aubry se levantó á las cinco de la madrugada. Se retiró á su casa á hora muy avanzada de la noche, al volver de la calle de Popincourt, y solo estuvo acostado tres horas. Su portero le avisó de que al anochecer del día 2 fueron á preguntar por él algunos hombres sospechosos y que fueron á la casa número 2 de la misma calle á prender á Huguenin. Esto determinó á Aubry á salir de casa antes del amanecer.

Se fué á pié al arrabal de San Antonio. Al llegar á la calle de la cita se encontró á Cournet y otro de la calle de Popincourt, á los que se unió Malardier.

Amanecía. El arrabal estaba desierto y ellos marchaban abstraídos y hablando en voz baja. De repente un grupo singular y violento pasó por su lado. Volvieron la cabeza y vieron que era un

A la derecha habia una callejuela.

—Salid por ahí, le dije al cochero.

Giró á la derecha, despues á la izquierda, y penetramos en un laberinto de encrucijadas.

De repente oí una detonación.

El cochero me preguntó:

—Dónde vamos?

Hácia el punto en que se oyen los tiros.

Nos encontramos en una calle estrecha; encima de una puerta y á la izquierda ví esta inscripción: *Gran lavadero*, y á la derecha una plaza cuadrada con un edificio central que parecia un mercado. La plaza y la calle estaban desiertas; pregunté al cochero:

—Qué calle es esta?

—La calle de Cotte.

—Donde está el café Roysin?

—Más adelante, enfrente de nosotros.

—Pues vamos allí.

Emprendimos la marcha al paso. Sonó otra detonación muy cerca de nosotros. El extremo de la calle se llenó de humo en el momento en que pasamos por delante del número 22, cuya casa tiene una puerta falsa, sobre la que leí: *Pequeño lavadero*.

De repente una voz le gritó al cochero:

—Deteneos!

El cochero se paró, y por la ventanilla del carruaje se metió una mano que estrechó la mia. Reconocí á Alejandro Rey.

Este hombre intrépido estaba pálido y me dijo:

—No sigais adelante, que todo ha terminado.

—Qué es lo que ha terminado?

—Tuvimos que adelantar la hora y acaban de tomarnos la barricada; de allí vengo. La barricada está á pocos pasos de aquí, frente á nosotros.

Luego añadió:

—Baudin ha muerto.

El humo se disipaba en el extremo de la calle.

—Mirad, me dijo Alejandro Rey.

Miré y ví á cien pasos de nosotros, en el punto que se unen la calle de Cotte y la de Santa Margarita, una barricada baja que defendian soldados, y de la que sacaban un cadáver.

Era el de Baudin.

piquete de lanceros que rodeaba un coche celular que rodaba sin producir ruido.

Mientras se preguntaban qué significaba aquello, vieron aparecer un segundo grupo igual al primero, luego otro, y otro despues. De este modo pasaron diez coches celulares, siguiéndose de cerca y casi tocándose.

—Ahí van nuestros compañeros! exclamó Aubry.

Efectivamente, atravesaba el umbral el último convoy de los representantes prisioneros del muelle de Orsay, que se dirigian á Vincennes. Eran cerca de las siete de la mañana: se abrian algunas tiendas, en cuyo interior se veía luz, y algunos vecinos salían de sus casas.

Los coches desfilaban uno detrás de otro, cerrados, vigilados, tétricos, mudos; no salía de ellos ni un grito, ni una voz, ni un aliento. Conducían entre espadas, sables y lanzas, con la rapidez y furor del torbellino, algo que callaba; y ese algo era la tribuna destrozada, era la soberanía de las Asambleas, era la iniciativa suprema de donde procede la civilización, era el verbo que contiene el porvenir del mundo, era la palabra de la Francia.

Llegó el último carruaje, que no sé qué accidente había detenido. Le separaban tres ó cuatrocientos metros del convoy principal, y solo le escoltaban tres lanceros. No era coche celular, era ómnibus, el único que iba en el convoy. Detrás del conductor, que era un agente de policía, se veían los representantes amontonados en el interior.

Parecía fácil libertarlos.

Cournet, dirigiéndose á los transeuntes, les apostrofó de este modo:

—Ciudadanos, esos son vuestros representantes, que os roban y que acabais de ver metidos en el coche de los criminales. Bonaparte los prende barrenando las leyes. Libertémoslos! A las armas!

De un grupo que se había formado de hombres de blusa y de obreros, que iban á trabajar, salió este grito:—¡Viva la República! Y algunos hombres se lanzaron hácia el carruaje. El carruaje y los lanceros corrieron á galope.

—A las armas! repitió Cournet.

—A las armas! contestaron los hombres del pueblo.

Hubo un instante de entusiasmo. ¿Quién sabe lo que hubiera podido suceder? Hubiera sido cosa chocante que se hubiese construido la primera barricada contra el golpe de Estado con aquel óm-

nibus, que, despues de servir para el crimen, hubiera servido para el castigo. Pero cuando el pueblo se arrojaba sobre el carruaje, varios de los representantes prisioneros extendieron ambas manos en ademán de contenerle.

—No quieren que los salvemos, exclamó un obrero.

—No quieren la libertad, replicó otro. Viendo esta oposicion, dejaron que el ómnibus se alejara. Poco despues llegó la retaguardia de la escolta, que pasó al trote, y el grupo que rodeaba á Aubry, Malardier y Cournet se dispersó.

Acababan de abrir el café Roysin, que, como ya tenemos dicho, había de servirnos de punto de reunion.

Al café Roysin se entra por un pasillo que dá á la calle; despues se atraviesa un vestibulo de algunos metros de longitud y se entra en una sala bastante capaz, con ventanas grandes y acristaladas, en la que hay mesas de billar, mesas de mármol, sillas y banquetas de terciopelo. Cournet, Aubry y Malardier se instalaron allí. Entraron sin ocultar á lo que iban, y no solo fueron bien recibidos, sino que se les indicó una salida por el jardín, para el caso probable de tener que fugarse.

Deflotte se juntó con ellos.

A las ocho empezaron á llegar otros representantes, entre ellos Bruckner, Maigne, Brillier, Charamaule, Cassal, Dulac, Bouzart, Madier de Montjau y Baudin. El antiguo constituyente Bastide llegó con Madier de Montjau. Baudin estrechó la mano de todos con efusion, pero silenciosamente; estaba pensativo.—Estais triste, Baudin?—Nunca he estado más contento, respondió éste irguiendo la cabeza.

Se creía predestinado? Cuando el hombre está muy cerca de la muerte, radiante de gloria, quizá se apercibe de que le sonríe en la oscuridad.

Algunos hombres extraños á la Asamblea, y tan decididos como los representantes, les acompañaban y les rodeaban. Cournet era su jefe. Entre ellos había bastantes obreros.

Baudin llevaba en el bolsillo una copia de la proclama que yo le había dictado la víspera. Cournet la desplegó y la leyó.

—Fijémosla en seguida en el arrabal. Es preciso que el pueblo sepa que Luis Bonaparte está fuera de la ley.

Un litógrafo que estaba allí se ofreció á imprimirla inmediatamente. Todos los representantes presentes la firmaron, fir-

mando también por mí. Aubry puso á la cabeza de la proclama estas palabras: *Asamblea Nacional*. El litógrafo se llevó la proclama y cumplió la palabra. Algunas horas despues, amigos míos le encontraron en el barrio del Temple con un puchero de engrudo y fijando la proclama en las esquinas de las calles, al lado del cartel de Maupas, que amenazaba con la pena de muerte al que se pillase fijando en las esquinas el llamamiento á las armas. Los transeuntes leían los dos carteles á la vez.

La hora fijada la víspera para la reunion general era de nueve á diez de la mañana, con objeto de tener tiempo para avisar á todos los miembros de la izquierda, pues era conveniente que acudieran muchos representantes para que el grupo se asemejara á una Asamblea y para que sus decisiones tuvieran completa autoridad en el arrabal.

Varios representantes de los que ya habían acudido fueron sin banda. Precipitadamente se hicieron algunas en una casa inmediata de tiras de indiana roja, blanca y azul. Baudin y Deflotte se ciñeron dos de estas bandas improvisadas.

Aunque no eran las nueve, había en la concurrencia ya muchos impacientes. Baudin era de los que querían esperar, y decía:

—No adelantemos la hora; demos tiempo á que lleguen nuestros compañeros, pues aun somos pocos.

Pero varios de los asistentes murmuraban en torno de Baudin:

—No, no; dad la señal y salid. El arrabal espera ver vuestras bandas para sublevarse. Aunque sois pocos, vuestros amigos vendrán á reunirse con vosotros muy pronto.

El resultado demostró que semejante precipitacion solo podía producir una catástrofe. Sin embargo, creyeron que el primer ejemplo que debían dar los representantes era el ejemplo del valor personal.

Schœlcher, que es de la naturaleza de los héroes, tiene la arrogante impaciencia del peligro.

—Vamos, gritó, nuestros amigos se nos incorporarán. Salgamos.

Como no tenían armas, añadió:

—Desarmaremos el puesto de guardia que está allí.

Salieron de la sala Roysin ordenados, cogidos del brazo. Quince ó veinte hombres del pueblo formaban su acompañamiento, y caminaban delante de ellos

gritando:—Viva la República! ¡A las armas!

Algunos niños iban delante y detrás de ellos gritando:—Viva la Montaña!

Las tiendas cerradas se entreabrian, algunos hombres aparecían en las puertas y algunas mujeres se asomaban á las ventanas. Grupos de obreros que los veían pasar los vitoreaban, diciendo:

—Vivan los representantes!

En todas partes atraían las simpatías, pero no provocaban la insurreccion. El acompañamiento de trecho en trecho iba aumentando.

Así llegaron al cuerpo de guardia de la calle de Montreuil; cuando el centinela vió que se acercaban dió el grito de alerta, y los soldados salieron del puesto en tumulto.

Schœlcher, tranquilo, impasible, vestido de negro y con corbata blanca, como de costumbre, con la levita abotonada hasta el cuello, con aire intrépido y fraternal, se acercó á ellos y les dijo:

—Camaradas, somos los representantes del pueblo, y en su nombre venimos á pedir las armas para defender la Constitucion y las leyes.

Los soldados se dejaron desarmar; solo el sargento quería resistirse, pero le dijeron que se resistía él solo, y entonces cedió. Los representantes distribuyeron los fusiles y los cartuchos entre los que les acompañaban. Hubo soldados que dijeron:—Si no nos quitais los fusiles, nosotros lucharemos por vosotros.

Los representantes titubearon entre aceptar ó no aceptar el ofrecimiento. Schœlcher se inclinaba á complacerles, pero uno de sus colegas recordó que algunos guardias móviles hicieron la misma proposicion á los insurrectos de Junio y luego volvieron las armas contra ellos.

Desarmaron, pues, á los soldados y contaron los fusiles, que eran quince.

—Somos ciento cincuenta, dijo Cournet; necesitamos más armas.

—Dónde hay otra guardia? preguntó Schœlcher.

—En el mercado Lenoir.

—Pues vamos á desarmarla.

Dirigidos por Schœlcher y con la escolta de quince hombres armados, los representantes se dirigieron al mercado Lenoir. Aquella guardia se dejó desarmar con mayor voluntad aun que la de la calle de Montreuil. Los soldados hasta se inclinaban para que les sacaran los cartuchos de las cartucheras.

Inmediatamente cargaron las armas.